

# Presentación

Quizá, acostumbrados a vivir en un pueblo que sabemos bonito –de los más completos en vistosidad arquitectónica y entramado de veredas–, no nos haya tentado visitar sus rincones o admirar sus perspectivas. Por ejemplo, ¿nos hemos detenido en algún punto de nuestra calle –o en nuestro pasear– y mirado hacia atrás para contemplar cómo se apuntan los tejados o de qué manera se entretejen las fachadas en su calidad pétrea y carpinterías de cornisas y ventanas? Gracias al cielo, será uno de los pocos pueblos donde uno no tiene que cerrar los ojos ante el paisaje desnaturalizado de cerramientos y ventanas de aluminio. Por no tener, no ha llegado acá el ricacho que copia el pequeño Falcon Crest o la mansión suiza –versión cutre– de tejados puntiagudos de pizarra. Si ha de caracterizar algo a las casas del pueblo es su humildad; digamos que presentan el aspecto lustroso de unos vecinos que hubiesen venido a algo más y que, liberados de las labores esclavas del campo, hubiesen dado en recrearse en la contemplación de sus moradas: buen aseo y excelente presencia, como correspondería a familias que sintiesen el orgullo natural de ser ellas mismas. Por no manchar la imagen del pueblo, apenas existen edificaciones que se salgan de tono. Se advierte la ausencia, sin embargo, de flores –con sus excepciones–, que aunque temporeras, ponen esa nota de color que engalana un buen vestido: colgantes, broches, lazos, alfileres...

¿Y la arquitectura religiosa de la que el pueblo ha de sentirse pleno de orgullo? ¿Por qué no darse un paseo y hacer una foto a la ermita –recordamos lo desvencijada de hace dos años–, y la presencia sólida, de caderas anchas, que luce ahora con su fachada de un ocre brillante a las luces de la tarde? Contéplenla desde la carretera según se viene de Burgos.

El ábside de la antigua y gallarda iglesia de Siero: recuperación única, digna de mejor servicio que bocado succulento para la amenazante maleza. Los que hemos escuchado música coral ante la caja de resonancia de su arcada gótica hemos podido disfrutar de algo insólito, imposible de lograrse en otro lugar más allá de cuatro o cinco espacios privilegiados de la península. Las voces que devuelve el ábside son de una limpidez y belleza impresionantes. ¿Qué hemos de decir del entorno natural que nos rodea mientras tanto, y de ese silencio, monacal, entrecortado por el canto de los últimos pájaros o el ulular de búhos y cárabos? Mitad edificación; mitad naturaleza, se trata de uno de los espacios más singulares del país. Bien merece un pequeño festival de música para refinar –deleitando– los oídos.

La construcción más humilde –la ermita de San Antonio– también ha contado con su remozado de fachada y renovación de cubiertas. Se trata de una ermita para contemplar en un paisaje: las encinas que le sirven

de tapiz de fondo y las rocas –al otro lado la carretera– que, animado mirador de rapaces, parecen contrapuntear los tonos siena, ligeramente rojizos, del recibido de sus piedras. Más allá, a dos pasos, algo insólito, y que los viajeros de hace dos siglos hubieran admirado como la perfecta comunión de civilización y naturaleza: nuestra fuente romántica, en un enclave que invita a meditar y perderse en ensoñaciones de mundos diferentes. ¿Y por qué no han de acudirnos las memorias de nuestros antepasados en esa melancolía reconfortante que nos estimula a ser mejores? –escuchen el siseo del viento entre los robles–.

Finalmente, la iglesia del Pueblo. La edificación más familiar, y por ello desposeída del encanto de la novedad. Pero, en su pequeñez recoleta, cómo no sentirte más uno mismo mientras contempla ese retablo de imágenes sorprendentes en su rusticidad y elocuencia? Hay que liberarlo de los roedores cavernarios que reducen las artes a polvo.

Deleitarse contemplando “qué guapos somos” –ese espejo que nos devuelve la mejor imagen de nosotros– bien merece un momento en nuestro asueto. Por ello, regalémonos con un paseo para admirar esas bondades que, Dios mediante –y que puso el escenario natural–, hemos logrado entre todos, y las generaciones que nos precedieron con la esperanza de que, algún día, una vez liberados, por fin, de los arduos trabajos de la siembra, la siega, la trilla, sus moradores encontrasen un momento para contemplar... Volvamos al principio.

J. Ángel Arcos

